

El Certificado De Salvación

Pastor Oscar Arocha

15 de Febrero, 2009

Iglesia Bautista de la Gracia

Santiago, República Dominicana

Saca la lanza, cierra contra mis perseguidores; Di a mi alma: Yo soy tu salvación. Salmos 35:3

La inscripción de este salmo dice así: “Salmo de David”, o que fue escrito por él, y en este caso o casi en todos los salmos son oraciones cantadas, que aplicada a la vida de todo Creyente significa que son modelos de cómo orar a Dios. Sus oraciones fueron atendidas, o que si lo oramos con el mismo corazón de fe Dios nos oirá. El asunto es maravilloso, pues dice que es posible obtener seguridad de salvación venida de la Boca de Dios mismo, nótese: “Di a mi alma: Yo soy tu salvación.” Es un gran consuelo tener un vivo sentido del favor del Señor, si El Habla al alma. Cuando el verdadero Creyente confía en las promesas de Dios, su alma se alegra, se llena de gozo por el creer, pero es muchísimo más dulce cuando tenemos un vivido sentido de Su ternura, y tal sentido es lo que aquí ruega el salmista. David aquí rogó por una certificación celestial. Un certificado es: Asegurar, afirmar, dar por cierto algo, y su objeto es dar facilidad de movimiento y solidó consuelo. Entonces sepamos que el Cielo otorga certificación de propiedad a quienes allí poseen un lugar.

En esta petición se ven dos asuntos: La bendición rogada, y la manera de recibirla: “Di a mi alma: Yo soy tu salvación.” Esto es: Dame la dulzura de tu favor, dilo a mi corazón. Esta seguridad debe ser buscada y más a menudo rogada a nuestro Señor. El se agrada en darla.

El sermón será así: **Uno**, El asunto pedido: Seguridad: “Yo soy tu salvación.” **Dos**, la manera de recibirla: “Di a mi alma.”

I. EL ASUNTO PEDIDO: SEGURIDAD DE SALVACIÓN

Es algo posible. El punto central del salmo es que la salvación puede ser hecha segura. Podemos saber con certeza si Cristo está en uno, y si en David uno de los mejores santos que ha existido, fue necesario mucho más para cada uno de nosotros. Cuando un hombre adquiere un lote de tierra lo primero que procura es su título de propiedad, cuánto más procurar el título de gloria. Todo Creyente lo ha de procurar, ya que puede ser obtenido, y somos mandado a buscarlo: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección.” (2Pe.1:10). Tanto esta exhortación como en la oración de David, el hecho de pedirlo supone que no puede ser producido por uno mismo, sino la obra del Señor en uno.

Por el consuelo. Es un favor que ha de ser buscado puesto que aun el mejor Creyente está vestido de debilidad, nótese en nuestro verso, que por un lado David confiesa su debilidad y por el otro pide seguridad: “Saca la lanza, cierra contra mis perseguidores; Di a mi alma: Yo soy tu salvación,” y en el NT encontramos lo mismo en Pablo: “Entre los pecadores yo soy el primero.” (1Ti.1:15). De manera que la seguridad de salvación es un ingrediente de gozo, pero sobre todo de consuelo, recordando que el consuelo no elimina la dificultad, sino que fortalece contra ella. La vida del Creyente tiene tres etapas: “Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros.” (1Jn.2:13-14). La profesión, el establecimiento, y la perfección en la fe. Aun el más fuerte de los santos es asaltado con dudas del amor de Cristo, y allí, más que en otras ocasiones, necesitamos que el Señor confirme la salvación. En las adversidades el sentido de justicia, que tenemos por el nuevo nacimiento, nos hace pensar que vienen por nuestro pecado, la debilidad se fortalece, y rogamos esta certeza, o el hambre de la seguridad de Su amor se acrecienta, el pedido por sus consolaciones ensancha el estomago espiritual. No fue en su prosperidad que David hizo esta oración, sino en su aflicción.

Es en comunión. Leo: “Di a mi alma: Yo soy tu salvación.” No es a su oreja, sino a su hombre interior, a su alma, o que es requerido una comunión con Dios en el corazón, o que el Señor ha de condescender a reunirse con su alma. Ni el alma solamente, ni el Señor solamente, sino ambos en comunión, ya si mismo habla Pablo: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.” (Ro.8:16). Es un certificación divina al alma Creyente. Si esta seguridad es dada sólo por el espíritu del hombre, entonces sospecharíamos, ya que el corazón del hombre es perverso, y a menudo engañoso. Hay personas que en un dado momento caen presa de esta duda, y se ponen a buscar seguridad en su propia vida, y el corazón pudiera engañarlos, que si recordasen lo que el Espíritu enseña no se aventurarían a eso, óigalo: “Todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal... Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado.” (Gen.6:5, 1Co.4:4). Aun el gran Apóstol no se atrevió a darse esta seguridad de salvación. Y aquí cabe lo que dijera en santo del pasado: Cuando un hombre busca sinceridad en su corazón natural, el corazón natural le responde con doblez o engaño.

Ha de haber, pues, el concurso del Espíritu de Dios y nuestro espíritu. Si para uno sólo fuese posible, lo sería mucho más a los grandes santos, y he aquí uno grande, “varón conforme al corazón de Dios” pidiendo seguridad, y aun no había adulterado con Betzabé, poseía suficiente testimonio como fiel Creyente, o que no necesitaría orar, pero oró porque nadie puede darse seguridad a sí mismo, es requerido la comunión de Dios con el alma.

Certeza de salvación. Se ha dicho y es cierto que la ignorancia es madre de destrucción, pero si una persona conoce a Dios, o tiene certeza de su salvación, sin peligro alguno puede ignorar las demás cosas. Poseer el convencimiento que la gloria de Dios le pertenece, es lo más dulce y excelente que puede poseer un mortal sobre la tierra. Es vivir el Paraíso estando en este mundo, no hay nada mejor que saber eso. Y así habla Pablo: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo.” (Fil.3:8). De este lado del Cielo el mejor de los hombres es visitado con miserias y sufrimientos, pero es dichosísimo a quien el Espíritu de Gracia le capacite para confesar: “Alma mía, en Dios solamente reposa, Porque de él es mi esperanza.” (Sal.62:5). Y así lo confiesa David: “Yo soy tu salvación.” Como se dice, el Evangelio es Dios mismo, el Altísimo es nuestra salvación, no Su ira, sino Su gloria: “El Dios de toda Gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo... Yo soy tu salvación.” (1Pe.5:10). Dicho en otras palabras: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. (Fil.4:13). La razón es sencilla y contundente, el Señor ha dicho: “Yo soy tu salvación”

II. LA MANERA DE ESTA SEGURIDAD

Leamos: “Di a mi alma.” Vemos tres asuntos: Una comunicación: “Di o dile.” Una persona: “Yo o mi.” Y un sitio o experiencia: “Alma.”

Una comunicación. Al leerlo uno se pregunta, ¿cómo el Creador habla?, y decimos: El ve sin tener ojos, oye sin oídos, camina sin pies, obra sin manos, y habla sin lengua, como está escrito: “Todo lo que Jehová quiere, lo hace.” En las paginas de la Biblia notamos que el Señor ha hablado al hombre de muchas maneras: Por las obras de la Creación (Sal.19:1); con Su propia voz (Jn.12:28); por visiones y sueños; por Su Unigénito Hijo (Heb.1:1); por las Escrituras (Ro.15:4); por Sus ministros (2Sam.3:10); y por Su Espíritu (Ro.8:16). Por todos estos medios Dios habla paz a nuestras conciencias, y dice a las almas que El es nuestra salvación: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.” (2Co.5:20). El lo dice, el elegido oye y lo siente, o experimenta. Todos los verdaderos Cristianos oyeron Su voz y procedieron al arrepentimiento.

La persona. ¿Quién es el propietario de este mi? David, un profeta, un rey, un hombre conforme al corazón de Dios, quien confesó ser el amado del Señor; quien sabía que el Señor nunca le abandonaría. El dichoso y escogido hijo de Isaí, quien conocía a Dios y era conocido de El; uno de los pocos íntimos y muy amado del Cielo, seguro del favor divino, y aun así deseaba conocerle aun más, pues aquí suplica: “Dile a mi alma.”

Lutero decía que hay una gran teología en los pronombres que aparecen en la Biblia, este es un caso más que elocuente. Los incrédulos pudieran saber que hay aquello como el libro de los elegidos, pero Dios nunca les ha dicho que sus nombres están allí inscritos. Alguno pudiera pasar cerca de un banquete y ser fascinado por el rico olor de la comida, pero eso no significa que el Dueño de la Casa le diga: Esto ha sido provisto para ti. Esta bendición es dicha al alma que sin fingimiento, de corazón sincero, puede decir: “Mi porción es Jehová.” (Sal.119:57). Ellos y solos ellos pueden orar, y serán atendidos: “Di a mi alma: Yo soy tu salvación.” Ellos tienen un pronombre personal que les fue dado del Cielo, y pueden orar así: “Di a mi alma: Yo soy tu salvación.”

La experiencia. En esta generación se ha levantado una secta denominada “La Cosecha”, o el Evangelio del Dinero, ellos oyen a Dios hablando al oído de sus cuerpos sobre bienes terrenales, pero no en sus almas. Le oyen, pero no lo sienten. La mejor seguridad se experimenta en el corazón, en el hombre interior o lo que es lo mismo, en el alma. Por eso el verdadero Creyente ruega: Oh, Dios déjame sentirte. Un caso, los judíos oían a Cristo, en cambio Zaqueo lo sintió: “Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa.” (Lc.19:9). La oyó y la sintió. No hay mejor consuelo que el del alma, como dice el mismo salmista en otro lugar: “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, Tus consolaciones alegraban mi alma.” (Sal.94:19). Y caso parecido se nota en este Sal.35 donde David había sido visitado con terribles amarguras, pero sabía de la miel a su disposición, el dulce de los dulces, la consolación divina, de ahí su clamor: “Dile a mi alma.” Esto es, haz que Yo lo sienta, que no tenga dudas que Tú me has hablado.

Cuando el Señor habla al corazón se siente: “Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (Lc.24:32). En el alma que ha nacido de nuevo hay sentimientos santos, no así el impío, oye más no siente, no hay lenguaje del Cielo a su alma. Cuando este gozo divino es dicho al alma Creyente, se regocija, se llena de júbilo, es inefable, se siente, aunque no puede ser explicado con palabras. Es energizante, vence al mundo, resiste las tentaciones y mantiene al Creyente gozoso, con una experiencia sellada de por vida.

Volvamos al **verso**: “Di a mi alma: Yo soy tu salvación.” Es inmediato que ora a Dios, pues en ningún otro hay salvación. El mundo falla, la carne falla, el diablo destruye, y sólo el Señor salva, y salva para siempre y por siempre. Es necesario decir, pues así es enseñado por la Biblia, que muchos creen que van para el cielo, cuando sus vidas manifiestan que su camino es hacia el infierno. Los ejemplos son numerosos. El señor le dio un reinado a Saúl; un granero al rico insensato; un apostolado a Judas; una fortuna a Esaú, pero David nada de eso pide, sino salvación. La manera en que un hombre gaste su vida confiesa lo que estaría pidiendo al Creador, o que el curso de su vida es como una oración.

Una diferencia. El hombre y el Cristiano son dos criaturas diferentes. El primero pudiera poseer inteligencia y muchas bendiciones terrenales, pero sólo y únicamente el verdadero Cristiano tiene fe y parte en la salvación de Cristo. Este mundo es como un tren de pasajeros y la mayoría presume que va para el Cielo, no obstante han escogido el camino amplio que lleva a la perdición. Permítasenos ilustrarlo: Cuando el Señor Jesucristo salió corporalmente de este mundo dejó a los apóstoles Su Evangelio con el encargo de aplicarlo a los hombres en el poder de Su muerte y resurrección; así que, los predicadores proclaman el Evangelio, el pueblo lo oye, todos lo conocen; pero con relación al tiempo futuro el Señor Jesús dijo esta triste nota: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lc.18:8). La salvación es un término común, o ampliamente conocido, pero pocos se lo apropian. El Cielo está de continuo ofreciendo salvación a los hombres, pero hay pocas manos que se levantan agarrarla.

Ahora bien, el versículo es bien claro cuando se refiere al tiempo de la salvación, nótese: “Yo soy tu salvación.” No es aquel tiempo pasado, ni futuro, sino ahora mismo, es tiempo presente: “Yo soy.” Como si David hubiese aplicado aquel refrán muy conocido que dice: La luz que alumbra es la de alante, o la que tengo ahora, no la que viene después. El no pidió riquezas, ni placeres, ni salud, ni prosperidad, ni educación, ni honor, el pidió a Cristo. Como si hubiese dicho, la salvación que Yo te

pido no es algo aparte de ti, sino que Tú mismo eres mi salvación, a ti es a Quien Yo quiero. Y así está escrito: “El Hijo, a quien constituyó heredero de todo.” (Heb.1:2). Esto es, quien tiene a Cristo lo tiene todo. Su oración puede ser catalogada como la más sabia de todas las oraciones. Como ha dicho un predicador moderno: El Evangelio es Dios mismo. Ser salvo es simplemente lo mejor. Hay una diferencia entre un hombre y un Creyente. El uno pudiera poseer bienes, y sólo el Cristiano es salvo en Cristo.

Hoy vimos: Un Certificado de salvación, o que esta seguridad puede ser buscada y más a menudo rogada al Señor. Lo vimos en dos partes: El asunto pedido: Seguridad: “Yo soy tu salvación.” Y la manera de recibirlo: “Di a mi alma.” La seguridad de salvación es un ingrediente de gozo, y sobre todo de consuelo.

APLICACIÓN

1. Hermano: Sobre toda cosa asegurada, asegura tu salvación. Óyelo: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil.2:12-13); haz de ocuparte porque Dios lo produce en ti por "Su buena voluntad", de ahí viene esa influencia sobre tu alma. Considera esto que ahora te digo: El mundo es el gusto que enfría tu amor por Cristo. Por tanto, mata el mundo y la obra te será fácil. No dejes que el mundo y sus cosas sean interesantes a tus ojos. No sazones tanto o no le des tanto cerebro a sus cosas, porque nunca prosperarías en el camino al cielo, hasta que tu entusiasmo por las cosas del mundo disminuyan en tus afectos. Multiplica tus oraciones hasta que Dios en Su misericordia hable a tu alma, y tú lo sientas.

2. Amigo: Sólo y únicamente Cristo puede darte salvación. Quizás un poderoso de la tierra pudiera garantizarte casa, bienes, dinero, honra, y placeres, pero jamás podrá asegurarte salvación, sino sólo Cristo Jesús el Rey de gloria. Por tanto, ruega hora mismo a Dios que te salve, y tendrás seguridad de lo demás, óyelo de Sus propias Palabras: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Ro.8:32).

AMÉN